

Victoria Lafora

Buscando lástima

Cuando se ha cumplido un año de del teatrillo que montó Puigdemont, apareciendo en Barcelona, dirigiéndose a los fieles, y dándose a la fuga por segunda vez, ahora se autocompadece. Intenta convertir en heroico lo que solo fue una payasada. Y la forma de mantenerse en el candelero es afirmar que, si no hubiera huido, todavía estaría en la cárcel. Pues claro. Su dócil mano derecha, Jordi Turull, que le acompañó en la escapada entre el gentío, dice, sin embargo, que el numerito «dejó al aparato represor del Estado con un palmo de narices».

Aun así, tiene tiempo de acusar a Sánchez de «pasividad» con el Supremo por no aplicar la amnistía al delito de malversación, que es lo que a él le afecta. Mientras, la portavoz de Junts acusaba a Salvador Illa de desnacionalizar Cataluña por usar el castellano y «rendir pleitesía al Rey y al Estado». En cuanto a sus pactos con ERC, los de Puigdemont consideran que ni hay traspaso de cercanías ni financiación singular.

Intentan así lanzar un aviso a navegantes de que no cuenten con ellos ni para los presupuestos ni para ningún proyecto de ley que no les beneficie particularmente. Ellos y Podemos van a ser la oposición, al margen del PP y de Vox, para forzar un adelanto electoral que podría arrastrar al propio Illa.

Pero, de lo que no es consciente Puigdemont es del declive de su imagen y prestigio entre la sociedad catalana. Entre otras cosas, porque la última fuga a quien puso en evidencia no es al Estado sino a la policía autonómica, los Mossos, que fueron acusados de permisividad y falta de interés en lograr su detención. De hecho, tres de sus agentes fueron detenidos poco después y están investigados por un delito de encubrimiento. Que un 'expresident' de la Generalitat provocara la crisis más grave de credibilidad de 'su' policía dice mucho del respeto que prodiga a las instituciones autonómicas.

Todo su empeño en lograr la amnistía se debe a su pretensión de regresar a Cataluña y volver a ser una figura relevante en el panorama político. No siendo consciente de que su estrella se apagó por su cobardía de no afrontar la independencia que él mismo había proclamado y que ahora solo le queda el chantaje como instrumento.

LA TRIBUNA | José Badal Nicolás

El choteo de los falsos títulos

Los casos que han ido apareciendo de políticos que dicen poseer títulos académicos que no tienen, indican una falta de vigilancia y control en los partidos



A.DONELLO

Hemos llegado a un punto en el que el actual Gobierno de la nación (progresista, claro, faltaría más) atraviesa una situación de debilidad palpable y está abocado al fracaso (que sólo pagamos algunos) y hace agua por todas partes, tanto en el ámbito patrio como en los diversos escenarios internacionales. Todo esto, sazonado por las descaradas acciones de pícaros y tunantes que, aun siendo en parte chuscas, no dejan de mostrar el lado tramposo y desvergonzado del españolito con evidente complejo de inferioridad, que con escasa o nula formación no tiene ningún empucho en gallear con petulancia sin el menor atisbo de humildad o modestia. Si no, ¿a qué viene mentir de manera tan procaz cuando la ocasión requiere la

presentación de un currículum? A fin de cuentas no es más que una declaración de datos biográficos con la relación de los títulos, cargos desempeñados, trabajos realizados, competencias que avalan la pericia personal, idiomas, etc. En definitiva, la documentación pertinente que permite valorar la instrucción, cualificación y capacitación de una persona para ejercer las obligaciones inherentes a un oficio, una profesión, o un determinado cargo o puesto de trabajo.

No creo descubrir el Mediterráneo si digo que los pillos que así obran, sabedores de su escasa preparación y falta de experiencia para realizar una función o un concreto cometido, y conscientes de su carencia de méritos, lo hacen no solo para alar-

dear o jactarse ante otras personas, sino más bien para disimular u ocultar sus escasas aptitudes para el cumplimiento airoso de la tarea encomendada, encubriendo con engaño y arteria su penosa condición, difícil de sobrellevar en un mundo competitivo que no sea el de la política, donde todo cabe y más si uno es acrítico, obediente, manso y adulador, porque entonces atesora insospechadas 'habilidades' o 'destrezas' muy bien valoradas por los capos del cotarro. De aquí que, aun no siendo iletrados por completo, pero carentes de suficiente ilustración, a la vez que menesterosos, se vean en la tesitura de recurrir a la trapacería para conseguir incrustarse (mejor pronto que tarde) en algún partido político poco vigilante o estricto con el ganado que pastorea.

Lo que aquí comento no es privativo de una u otra facción política, aunque a decir verdad se da con mayor frecuencia entre la grey autoproclamada progresista (ignoro con qué base), en cuyo seno parece ser que abundan las personas 'modélicas' o 'ejemplares', según reiteran quienes, sumisos y postrados, no se apartan ni una micra del argumentario oficial pergeñado por los bien retribuidos 'asesores' del amo o líder de turno, sin importarles quemarse las manos y caer en un ridículo pasmoso. Ah, pero si llenar la andorga lo exige... Poderosa razón esta que a muchos incita no solo a pregonar cualidades propias que no son ciertas, sino incluso a dar falso testimonio en documento fehaciente de su idoneidad para desempeñar una comisión por orden o encargo de un superior; en otras palabras: a presentar un título universitario amañado, imaginario, ficticio, a sabiendas de la gravedad de este hecho por cuanto supone de falsedad en documento público, lo que a todas luces es un ilícito penal, un delito (dicho sea con llaneza).

Los 'curricula' arreglados con artificio o el choteo de los títulos falsos no es de ahora, ni tampoco algo exclusivo de sus señorías y demás gerifaltes; basta recordar el latiguillo de «estudios de...», o la citación de másteres inexistentes, que no son otra cosa que adulteraciones groseras en las que insisten muchos de nuestros supuestos próceres e incluso altos cargos con la aviesa intención de esconder o maquillar su priva-

«Excluyo y admiro a las personas que sin tener estudios superiores han sido o son capaces de hacer su trabajo con celo»

ción de conocimientos, cuando en realidad a veces ni siquiera han sido capaces de superar el primer curso en la universidad. No por esto dejan de ser ignorantes rendidos a quien les provee de sustento. Sin embargo, excluyo y admiro a las personas que sin tener estudios superiores han sido o son capaces de hacer su trabajo con celo y hasta con éxito.

Y el caso es que esto no sucedería si los partidos políticos, sin excepción, procediesen como en muchas otras instituciones y empresas públicas o privadas: exigiendo con antelación las debidas garantías y certificaciones de cuantos méritos (y no necesariamente títulos o diplomas) aleguen quienes a ellos se arriman. Pero, claro, a veces es mejor mirar para otro lado, aun a riesgo de que cualquier indocumentado llegue incluso a ser ministro de España. Como dije en un artículo anterior, «estamos asistiendo a una bochornosa y deplorable capitulación ética y moral, a un espectáculo en el que afloran el deterioro de valores, usos y costumbres, a un triste drama en el que cobran protagonismo la corruptela, la perversión, el envilecimiento y la depravación».

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

| Juan Bas

Pequeños monstruos

Consideraba el humorista W. C. Fields que alguien que detesta a los animales y a los niños no puede ser mala persona del todo. Centrémonos en los niños, en la sección de los abominables y monstruosos. En la novela de Martin Amis 'Campos de Londres' hay un niño memorable, sobre todo para sus padres, que no se lo pueden sacar de la cabeza ni un segundo. Se trata del peligroso Marmaduke (gran nombre), al que Amis describe como un niño de 18 meses extrañamente fornido. El angelito grita a pleno pulmón con la

constancia de las calamidades, duerme unos cinco minutos al día, tiene fijación con los cuchillos y muerde como un tiburón.

Marmaduke representa la monstruosidad infantil salvaje muy pasada de rosca; más frecuente es la del niño tirano. Dedicado a la celebración de la gula que es un buen bufet de desayuno en hotel, observaba los manejos de un espantoso niño de unos cinco años que estaba con tres mujeres en una mesa vecina. El monstruo tenía una inquietante mirada fija de serpiente, sin pestaños.

Se dio cuenta de que lo miraba y me hizo un firme duelo de ojos hasta que, atemorizado, me di por vencido. No callaba un segundo, hablaba alto, de manera tajante y exigía una perpetua atención, que su madre y su abuela le otorgaban con una presteza penosa. Pero la tercera mujer, a la que el pequeño tirano llamó tía Tere, era su reto. Se dirigía a ella y le ordenaba que fuera a traerle más cosas del bufet, pero tía Tere pasaba como de la peste. Esa actitud de negación de servidumbre, aunque la madre y la abuela criadas volaban a por sus caprichos, contrariaba al churumbel. Era probable que la irreductible tía Tere le malograba su juego de dominación, que solo es de pleno triunfo cuando el monstruo tiene éxito con todas las presas disponibles.

Una educación en términos de normal firmeza, sin necesidad de látigo, debería ser suficiente para evitar la forja de un niño tirano. El tono despótico con que se dirigía a su madre revelaba que el odioso crío estaba muy mal educado. Más difíciles son las cosas cuando un niño es malo, malo de verdad. Un viejo amigo me dijo hace mucho que había llegado con duro pesar a la conclusión de que su hijo adolescente era una mala persona y que temía que hiciera algo grave. Comenzó a darse cuenta cuando su hijo era pequeño y, al negarse a comer, le decía a su madre con expectante frialdad: «Llora, llora para que coma». Alguna vez me he preguntado qué habrá sido del hijo de mi amigo; si habrá hecho carrera en el crimen o en la política o en ambos.